

que eran generosos, benignos, sinceros, valientes y de buenas costumbres, á estos los alistamos en nuestra orden, y aquí en nuestro estrado se sientan. Pero Mark ha deslustrado el gran nombre de rey, del mismo modo que mancharía la humilde condición de rústico; y puesto que nos ha enviado un paño de oro, vuélvete y sal á su encuentro, y manténle lejos de nuestra vista; no sea que le envolvamos en un paño de plomo, haciéndole callar para siempre. Harto bien conocemos su cobardía, sus maliciosas tretas y sus infames designios, su afición á los enredos y las emboscadas; ¡pero no tienes tú la culpa de los crímenes de tu señor! que Kay el senescal atienda á tus necesidades y te envíe satisfecho. ¡Malhaya el que como Mark hiere alevosamente en la oscuridad, y no como los leales frente á frente!

\*  
\* \*

Y otros muchos suplicantes vinieron, quejándose de daños causados por bestias ú hombres, y siempre, con la vénia de Arturo, un caballero partía á caballo á enderezar ó vengar el entuerto.

\*  
\* \*

Por fin, Gareth, apoyando ambas manos pesadamente en los hombros de sus servidores, se acercó entre ellos al rey, y dijo: — ¡Una merced, señor! — Apenas le deja-



ba hablar la vergüenza. — ¿ No ves cuán consumido estoy por el hambre, y como para no caer de debilidad tengo que apoyarme en estos fuertes mocetones? Permíteme servir en tus cocinas, entre tus marmitones, durante un año y un día, y no preguntes mi nombre. Después pelearé.

\*  
\* \*

— ¡ Hermoso mancebo — exclamó el rey, — y digno de merced más distinguida! Pero puesto que no pides otra cosa mejor, es preciso que Kay, el jefe de las cocinas, te lleve con él y sea tu amo.

\*  
\* \*

Dichas estas palabras, el rey se levantó y fuese; entonces Kay, un hombre de rostro pálido cetrino, un hombre amarillo y místico, como la planta que siente sus raíces corroídas por el blanco líquen, se adelantó y dijo: — ¡ Hacéos cargo de esto, señores! Este camarada se ha escapado de alguna abadía, donde sin duda no le daban toda la carne y toda la sopa que podía comer. Demasiada fortuna era para él, y debía haberse contentado con ella. Pero en fin, si trabaja, le engargantaré como á un pavo, y su pellejo brillará tan estirado y liso como el de un puerco.

\*  
\* \*

Entonces Lanzarote, que estaba allí cerca, le dijo: — Señor senescal; en sabuesos, en galgos y en toda clase de perros de caza eres muy entendido; tratándose de caballos tu opinión no es de despreciar; lo que tú no sabes es conocer á los hombres. ¡ La frente espaciosa y blanca, bien delineadas las rubias cejas, el cabello sedoso y abundante, la nariz grande, recta y fina, y las manos largas, blancas y delicadas! ¡ Algún misterio de mozalbillo! Pero, de todos modos, que venga de redil ó de regio estrado, el muchacho es de noble aspecto y de buen natural. Trátale, pues, con toda afabilidad; no sea que andando el tiempo venga á desmentir el juicio que de él has formado.

\*  
\* \*

— ¿ Qué hablas tú de misterios? — dijo Kay. — ¿ Pienzas acaso que este mozo ha de echar veneno en la comida del rey? No hay cuidado de ello, pues sus palabras demuestran que es un bobalicón. ¿ Un misterio? ¡ Tararira! Si el mozo fuera noble, hubiese pedido caballo y armadura. ¡ Blanco y hermoso, en verdad! ¡ Señor Hermosacara! ¡ Señor Hermosas-manos! ¿ Es así como habré de llamarle? Mas ten tú cuidado de que tu propia hermosura, Lanzarote, algún hermoso día no te pierda, y déjame mi hombre.

\*  
\* \*

Así Gareth, por amor á la gloria, sufrió el holliniento



yugo del vasallaje de cocina; junto á la puerta de la cocina comía su ración con una cáfila de mozalbetes, y dormía por la noche con mugrientos marmitones. Y Lanzarote siempre le hablaba con agrado; pero Kay el senescal, que no le quería, traíale á empellones y le molestaba incesantemente, haciéndole trabajar más que á su compañero del fogón, y poniéndole á dar vueltas al asador, á sacar agua, ó á partir leña, cuando no le encomendaba aún más groseros trabajos; y Gareth, por obediencia al rey, se prestaba á todo, y hacía toda clase de trabajo con una noble tranquilidad que herмосeaba la más vil ocupación. Y cuando conversando en sus ratos de ocio los esclavos, álguien alababa el cariño que el rey y Lanzarote se tenían, y refería como en la guerra el rey había salvado dos veces la vida de Lanzarote, y Lanzarote una vez la del rey, porque si bien Lanzarote era el primero en los torneos, llevábale gran ventaja Arturo en los campos de batalla, Gareth estaba contento. Y si algún otro contaba como una vez al reir del alba, pasando el errante guardabosque por lo más alto de *Caer-Eryri*, de donde tan admirablemente se dominan los azules pantanos y el nebuloso mar, encontró un dormido infante, que no era otro que el rey Arturo, de quién el profeta (1) dijo: — Él pasa á la isla *Avilión*; él pasa, y es curado, y no puede morir; » — Gareth estaba contento. Pero si la conversación era obscena, entonces Gareth silbaba como una

(1) Merlín.

alondra, ó se ponía á cantar alguna copla, y aunque al principio se burlaban de él, acababa siempre por inspi-rarles respeto. A veces Gareth contaba alguna prodigiosa historia de caballeros que con las tajantes espadas se abrían paso á través de veinte pliegues de ensortijado dragón, y tenía á todos sus buenos camaradas tendidos ó sentados en torno suyo, con la boca abierta y las manos ociosas, embelesados, hasta que Sir Kay el senescal se arrojaba sobre ellos bramando, y del mismo modo que un súbito viento impele y aparta las hojas secas, los separaba en un instante. Y cuando con los esclavos se entretenía en juegos de fuerza ó de destreza, invariablemente descollaba entre todos, y lanzaba siempre la piedra ó la barra dos varas más léjos que los más fuertes; y si había alguna justa, como Sir Kay haciéndole un signo con la cabeza le diera á entender que podía marcharse, corría á presenciarla; y cuando veía á los caballeros chocar como la ola que viene y la que se retira, y hacerse astillas las lanzas, y tambalearse los mejores corceles, entonces el muchacho estaba casi fuera de sí de alegría y entusiasmo.

\*  
\* \*

De ese modo trabajó durante un mes entre los esclavos; pero los días que siguieron, la buena reina, cada vez más triste en el castillo desertado por sus hijos, empezó á arrepentirse de haberle hecho contraer tan penosa obliga-



ción, y por fin, entre la creciente y la menguante luna, envió armas para su hijo, y le relevó de su promesa.

\*  
\* \*

Quien llevó á Gareth tan grata nueva fué un escudero de Lot, con quién, en un tiempo, cuando ambos eran niños, acostumbraba á jugar al torneo, trazando un imperfecto óvalo en la arena y arrojándose uno sobre otro de cada extremo; y bien se puede asegurar que jamás muchacha alguna se puso más colorada de vergüenza que Gareth de alegría al escuchar el mensaje de su buena madre. Riéndose y dando brincos de placer, dijo: — Saliendo del humo, voy de un salto de los piés de Satán á las rodillas de Pedro. Mas nada digas á nadie sobre el particular: estas noticias son para mí, y para ningún otro. Pero no; son también para el rey. — Vuélvete á tu alojamiento de la ciudad. Después de lo cual, Gareth buscó ocasión de hablar al rey á solas, y cuando la tuvo, se lo refirió todo.

\*  
\* \*

— Yo he hecho tambalearse á tu fuerte Gawain en un torneo, por pasatiempo; él mismo lo dijo. Bien vés, por tanto, que sé y puedo justar. Hazme tu caballero en secreto, deja que mi nombre permanezca oculto, y concédeme la primera empresa. Salgo como la llama de las cenizas.

\*  
\* \*

Aquí los serenos ojos del rey le refrenaron, y le hicieron sonrojarse, é inclinarse profundamente para besarle la mano. — Hijo mío — le contestó Arturo; — tu buena madre me ha hecho saber que estás aquí, y me ha participado tu deseo de que yo ceda al tuyo. ¡ Hacerte mi caballero! ¿ Sabes que mis caballeros están sujetos á votos de extremado valor, extremada cortesía, extremada fidelidad en amor, cuando aman, y extremada obediencia al rey?

\*  
\* \*

Entonces Gareth, que se había arrodillado ante Arturo, se puso en pié de un salto, y exclamó: — ¡ Mi rey! ¡ Valor puedo prometerte! En cuanto á extremada obediencia, infórmate de aquél á cuyo servicio me pusiste; infórmate del nada blando senescal, jefe de tus cocinas. Y en cuanto al amor, sabe Dios que no amo todavía, pero amaré, si Dios quiere.

\*  
\* \*

Y replicó el rey: — ¿ Hacerte mi caballero en secreto? Así se hará, si te empeñas en ello; pero nuestro más noble hermano, y nuestro hombre más leal, y uno conmigo en todo, es preciso que lo sepa.



\*  
\* \*

— Que Lanzarote lo sepa, rey mío; que Lanzarote lo sepa. Que lo sepa el más noble y más leal de tus caballeros.

\*  
\* \*

Y dijo el rey: — ¿Pero porqué quieres que las gentes no sepan qué pensar de tí? No, no; más vale que por consideración al rey, y á la empresa misma que quieres llevar á cabo; más vale que como caballero mío lo emprendas, que dar pábulo á las hablillas de la multitud.

\*  
\* \*

Pero Gareth contestó alegremente: — Cociéndolo he ganado mi bollo ¿no es verdad? Nombre alguno no quiero hasta que mi propio esfuerzo me haga renombrado. Mis hechos hablarán. El secreto es tan sólo por un día. — Sonrió el rey, enamorado de la lozana juventud y del ardor de Gareth, y poniéndole cariñosamente la mano en el hombro, otorgóle, aunque medio de mala gana, lo que pedía. Y luégo, llamando á solas á Lanzarote, le dijo: — Le he acordado la primera empresa; pero como aún no ha hecho sus pruebas, quiero que cuando en el estrado reclame el cumplimiento de mi promesa, montes á caballo y le sigas á donde quiera que

vaya. Cubre los leones de tu escudo, y en cuanto te sea posible, cuida de que no sea hecho prisionero ó muerto.

\*  
\* \*

Acaeció, pues, que aquel mismo día se presentó en el estrado una damisela de alto linaje; una hermosa damisela cuya frente podía competir en blancura con la de la flor de maya, y cuyas mejillas recordaban el blanco y rosa de la flor del manzano. Sus ojos eran vivos y penetrantes, y su delgada y fina nariz tenía la punta ligeramente levantada como el pétalo de una flor. Penetró en el estrado seguida de un paje, y gritó:

\*  
\* \*

— ¡Oh rey! tú que has vencido á los enemigos de fuera, tén cuidado de los enemigos de dentro. Sendas, fuentes y vados están ocupados por bandidos; todo el que posee una torre es señor de vidas y haciendas en media legua á la redonda. ¿Porqué estás sentado ahí? Yo no descansaría, señor rey, si yo fuera rey, hasta que el más apartado rincón del reino estuviera tan libre de violencia y efusión de sangre, como el mantel de tu altar está libre y limpio de mácula de aquella bendita sangre que por nosotros fué vertida.

\*  
\* \*



— Ánimate, hija mía; dijo Arturo. — Ni yo ni los míos descansamos; y si mi caballería guarda los votos que juró, en el más desierto erial de nuestro reino habrá tanta seguridad como en el centro de este salón. ¿Cuál es tu nombre? ¿Y qué es lo que deseas?

\*  
\* \*

— ¿Mi nombre? — dijo ella. — Mi nombre es Lynette, y necesito un caballero que combata por mi hermana Leonor, dama de encumbrada progenie, poseedora de vastos estados, y hermosa; sí, más hermosa que yo. Vive en el Castillo Peligroso; un despeñado río da tres vueltas en torno de su morada, y los únicos tres pasos que hay en él están guardados por tres fuerte caballeros; estos tres caballeros son hermanos, y un cuarto hermano, que es el más fuerte de los cuatro, la tiene presa en su propio castillo: y de ese modo la estrecha para vencer su voluntad y hacerla casarse con él; y no difiere el cumplimiento de su designio más que hasta que tú envíes para pelear con él al primero de tus caballeros, Sir Lanzarote, á quien espera vencer, para luego casarse con gloria; pero ella si alguna vez se casa quiere casarse no á la fuerza si no por amor, ó retirarse á un convento y vivir allí santamente. Para librarla, pues, del que tan tenazmente la asedia, he venido por Sir Lanzarote.

\*  
\* \*

Entonces Arturo, acordándose de Sir Gareth y temeroso de que la empresa fuese demasiado difícil para un caballero novel, dijo: — Bien sabes, doncella, que esta orden vive para acabar con todos los malvados del reino. Pero dime; esos cuatro hermanos ¿quiénes son? ¿Qué clase de hombres son?

\*  
\* \*

— Son cuatro grandes bobos, señor rey, y pertenecen á la antigua caballería andante; son de esos que cabalgan por todas partes, y no hacen más que su voluntad; cortesés ó brutales á su antojo, como que no tienen ni ley ni rey. Tres de ellos, llenos de soberbia y presunción, se llaman á sí mismos el Día, Lucero Matutino, Sol del Mediodía y Lucero Vespertino, y son tan fuertes como bobos; y ni un apice más cuerdo es el cuarto, que siempre cabalga cubierto de una armadura enteramente negra, y es un enorme hombre bestia de ilimitada ferocidad. Llámase á sí mismo la Noche, y más á menudo la Muerte, y lleva un yelmo con un cráneo por cimera, y en su escudo pintado un esqueleto, para dar á entender que el que mate á sus tres hermanos, ó logre escaparse de ellos, será muerto por él y entrará en la noche sin fin. Y todos estos cuatro son, como he dicho, muy grandes bobos, pero hombres fortísimos, y por eso he venido por Sir Lanzarote.



\*  
\* \*

En aquel instante, apareció descollando entre la amontonada multitud la hermosa cabeza de Sir Gareth. Sus ojos despedían rayos. — ¡Una merced, señor rey! — Gritó el impetuoso mancebo: — concédeme esta empresa. — Y luego, como apercibiera junto á él á Sir Kay, que estaba mugiendo como un toro herido, añadió: — Sí, señor rey; tú sabes que soy tu marmitón, y que gracias á tus viandas y bebidas soy robusto y vigoroso y capaz de pelear con un ciento de bandidos tales como los que ha pintado esa noble dama. Acuérdate de tu promesa, señor. — Arturo entonces le lanzó una centelleante mirada; pero casi instantáneamente reprimió su ceño, pensando: — Rudo y fogoso es, pero perdonable, y digno de ser caballero. — Vé, pues, — le dijo: — y todos los circunstantes quedaron asombrados.

\*  
\* \*

Pero en la frente de la doncella, la vergüenza, el orgullo y la cólera tiñeron de grana el purísimo blanco, envidia de la flor de maya.

— ¡Qué vergüenza para tí, oh Rey! — dijo alzando las manos. — He pedido tu mejor caballero, y no me has dado más que un marmitón. — Luego, antes de que nadie pudiese detenerla, volvió la espalda al rey, y por el corredor que daba acceso al trono salió del salón, montó á

caballo, bajó la pendiente calle, y pasando por la mágica puerta blanca, se detuvo fuera de la ciudad, junto al campo de los torneos, murmurando: — ¡Un marmitón!

\*  
\* \*

Es á saber que eran dos las puertas del estrado; una de ellas daba á una vasta galería abierta, ricamente embaldosada, en la que el rey solía pasearse á la salida del sol, contemplando el llano y las montañas, y de la cual un magnífico camino escalonado descendía hasta perderse entre árboles floridos y agujas de torres; y por aquella puerta principal salió el rey. La otra puerta, por la cual salió la irritada doncella, estaba situada en el lado opuesto al del fogón, y era tan alta, que cualquier caballero, por alto que fuese el crestón de su yelmo, podía pasar sin agacharse y sin rozar con el dintel. Hacia aquella puerta se dirigió á grandes pasos Sir Gareth, y en cuanto se halló fuera vió el regalo de Arturo á su novel caballero, un caballo que valía media ciudad; y junto á él estaban los dos servidores que del Norte le habían seguido, uno de los cuales tenía un escudo nuevo y un casco, mientras que el otro tenía el caballo y la lanza. Desató entonces Gareth su capa, que era del tejido mas grosero y le cubría desde la clavícula hasta los talones, y del mismo modo que de un fuego que se cree sofocado sale de pronto una viva llamarada, del mismo modo salió de debajo